

atrás con la maligna postura de una cabeza de serpiente, arqueada para atrás sin moverse. Tampoco se movieron los ojos de Miss Burden. Eran tan redondos y estaban tan quietos como el anillo negro de la boca del cañón del revólver. Cristmas no miraba a los ojos de Miss Burden. Miraba a la sombra del revólver en la pared; y estaba mirando cuando la curva sombra del gatillo se desvaneció». Incendia la casa, huye, es perseguido y muerto. Esta es la historia de un hombre-símbolo, el rostro de un mulato que puede rodar y tomar la forma precisa de todos los negros del Sur, la historia de un cuerpo de un mulato que rueda luchando cercado por la religión, tratando de liberarse, purificándose con el asco necesario que encuentra el hombre cuando no puede revelarse contra un destino impuesto sin condiciones. Su muerte casi es una ley establecida por la justicia: un pedazo de sombra que respira y es derrumbada. Pero sobre su corazón podrido nace una siempreviva.—ALFONSO ALCALDE.

<https://doi.org/10.29393/At249-101ONCC10101>

OLA NOCTURNA, poemas de *Chela Reyes*

La poesía femenina chilena, que ostenta valores definitivos como Gabriela Mistral, no ha sido siempre afortunada. Son muchas las mujeres que escriben versos en Chile; es un abigarrado conjunto de voces, de acentos y expresiones. La mayoría de ellas se pierden por una vanidad ilimitada; otras con mayor personalidad no logran desasirse de influencias de poetas más altos y algunas apenas si entregan balbuceos eróticos, a los cuales son adictas. Pero no vayamos a caer en la tentación de señalar nombres, porque entonces se levantaría una montaña de improprios y las banderillas envenenadas nos serían lanzadas con mortales deseos de exterminio...

Entre las poetisas que en nuestro país han demostrado una mayor personalidad, una fuerza expresiva de mayor calidad, se

halla situada indiscutiblemente Chela Reyes, autora de esta «Ola nocturna» que llega en un momento de florecimiento renovado de la poesía chilena. Fué 1945 el año de la poesía chilena; se publicaron libros del más puro valor poético, como lo son; entre otros, «Esta Bella ciudad envenenada», de Pedro Prado; «La Pequeña Lumbre», de Jerónimo Lagos Lisboa y «Vasto Ser» del poeta Juan Negro.

En 1928 publicó Chela Reyes su primer libro de poemas: «Inquietud», al que siguió en 1937 «Epoca del Alma». Una novela, «Puertas verdes y caminos blancos», aparecida en 1939 señaló otros aspectos de su personalidad literaria y le conquistó muy justos aplausos.

Ahora frente a esta «Ola Nocturna» que nos llega desde un océano de presencia anímica, tenemos la renovada expresión de la poetisa que une el paisaje al subconsciente; cierta forma auditiva a una verdad de poesía solitaria, metafórica, situada en complejos espirituales y sensoriales.

Es interesante señalar cómo pueden jugar con la poesía los niños y los artistas verdaderos. Tenemos en este libro a una poetisa que se entrega a la canción con una fuerza muy profunda.

Todo el libro resulta una confesión personalísima, extraída de la verdad de su espíritu que necesitaba de estos cantos de amor y de ternura.

Chela Reyes está muy distante de la realidad a pesar de que la vive intensamente; su poesía es siempre una evasión hacia mundos lejanos y mitológicos, por eso dirá en las palabras iniciales: «En vano busqué en la entraña de las cosas más divinas, su materia inflamada o su huella de ceniza, Material es éste que brilla y se advierte al roce de la luz y por ella muere. Fué inútil entonces mi afán incontrolado de abrazar, si todo fuera de la sombra, es espectro».

«Ola Nocturna», el primer poema que da nombre al libro, nos parece bellissimo y de rica substancia anímica. A través de

sus versos se dibuja y desdibuja la personalidad de Chela Reyes, que así canta:

«Nace bajo mi piel tu ardiente noche  
en el calor y la frescura unidas,  
con la copa de luz amortiguada  
y la radiante plenitud, erguida.  
Una estrella no más viene rodando  
hacia el seno del mar, desfallecida.

Crece bajo mi piel tu olor y sangre  
como en el mar la vena submarina,  
y como en él sus olas me levantan  
hacia la eterna y gemidora sima.  
Una nota no más nace llorando  
de la risa del mar, enloquecida.

Muere bajo mi piel tu ardiente noche,  
la estrella se derrama, el canto emigra,  
mi corazón asciende hacia tu boca  
y tu boca descende hacia ese clima.  
Una ola no más se dobla y tiende  
su cabeza en el mar, desvanecida».

El panorama general de estos poemas ofrece una forma estilizada en la construcción del verso; la poesía siempre está oculta y más allá del límite de la realidad; a pesar de ciertas sorpresas en cuanto a musicalidad, los poemas ofrecen una íntima resonancia que invita a seguir con deleite la lectura. Las imágenes son, por lo general originales y vigorosas. A veces denuncian ascendencia de otros poetas, especialmente de Pablo Neruda, como sucede por ejemplo en la primera estrofa del poema «Marea», que dice:



«En la noche, curvada hacia tu copa  
de oxidados metales y sonido,  
mientras la espuma hierve, gemidora,  
oigo crecer el junco submarino».

Esos «metales oxidados» son indiscutiblemente nerudianos; Chela Reyes no cae en lo que vulgarmente se llama imitación, sino que como es lógico, sufre la influencia de aquellos poetas que más admira y entiende y que están más a tono con su temperamento.

Es interesante señalar una virtud muy clara de este libro: la sincera actitud de la poetisa que entra a los recintos de la poesía no para hacer malabares o crear monstruos que nadie entiende y que nada sugieren. Ella es la poetisa que con sinceridad extrema busca la verdad de su emoción, la auténtica vena de la poesía que le ha llegado como un florecimiento primaveral, en espera de que el canto, alegre o triste, sea medio de expresión.

Hay en «Ola Nocturna» esta sinceridad a toda prueba, la cual tanto desconocen numerosas de nuestras poetisas ya vencidas por la vanidad. Por estas razones es posible todavía esperar mucho de la obra poética de Chela Reyes, quien se entrega con fervor y humildad a la labor de artífice del verso, que busca ropaje adecuado para sus íntimas emociones.

No dejan de ser los poemas de «Ola Nocturna» cantos extremadamente humanos; muchos de ellos brindan la pasión de la mujer que está envuelta en el torbellino del amor, pero que sabe cantar ese ardiente estado de alegría y llanto frente a la vida. Cada poema es un acento más definido de la visión espiritual y humana de Chela Reyes; íntimas confesiones, pequeñas palabras, cantos que pasan para muchos inadvertidos, pero que tienen todo el vigor de un espíritu que ha derrotado las grandes y pequeñas dificultades y se alza vencedor de los malos vientos que tratan siempre de apagar la luz del espíritu y del canto más puro.

Hay una mitológica insinuación del mar en casi todos los poemas; el dios del viento pasa y deja la belleza estremecida. La poetisa le dirá:

«Galopas y galopas en un círculo  
de rosa abierta en su marina mano,  
¡y hay una risa de estirados ecos  
que te saluda en su nocturno vaso!»

Uno de los poemas que ofrece mayor emoción femenina en este libro y que es acaso de los que ostentan un valor más definitivo por la espontaneidad, que a otros falta, y por la profundidad de su poesía, anímica y enamorada, es el titulado «Ola diurna». Es la poetisa que se identifica con el símbolo para decir:

«Partí en un día de encrespado aliento  
en que la estrella su fulgor doblaba  
y en que la turbia rosa de los vientos  
sus cuatro agujas sobre el mar giraba,  
y un llamado silente me envolvía  
y quemaba las últimas amarras.

---

Rompí en el alba sin dejar el beso,  
desnuda, sin el manto y la montaña,  
abierta en un afán desconocido  
y encendida la luz de la manzana.  
¡Tendía su ala de clamor el aire  
y el timón en mi brazo se doblaba!».

Chela Reyes ha encontrado su único camino; el canto, la oración, el llamado amoroso, el cuerno pastoril, la estrella, el mar... Cuántos signos de verdad y belleza siempre deseada y

jamás alcanzada en plenitud. Viaja hacia el horizonte, mientras la noche y el alba, el medio día y la tarde embellecen las horas y la vida se multiplica en la forma minúscula de las flores, en un ritmo inadvertido, en el aire que no sabemos de dónde viene, hacia qué árboles camina.—C. R. C.



ARAUCANÍA, Rostro de una Raza Altiva, por *Celia Leyton Vidal*.

Mirar hacia la fuente humana de nuestra sangre india, no ha sido, precisamente, el más asiduo ejercicio de nuestros escritores y pintores. Con los ojos teñidos por la sombra deliciosa de París, hemos vivido ajenos al clamor de Araucanía, clamor que pide solidaridad y ternura, calcando la vibración espiritual extranjera. ¡Y vaya si hay razones, y buenas razones, para actuar de modo diferente!

Desde luego, «*La Araucana*» es una imperativa sogá de tradición. Don Alonso de Ercilla no fué, a nuestro pobre entender, sino que un pintor: sus octavas reales cargan ímpetus cromáticos; la obra abunda en descripciones, en trazos, en retratos que resultan el remotísimo antecedente de la pintura afable, directa y sincera de Celia Leyton Vidal, quien, residiendo por más de 15 años en Temuco, viene a ser la objetivadora de la materia plástica de «*La Araucana*»:

«La gente que produce es tan granada  
tan soberbia, gallarda y belicosa...».

Es con estos modelos, de rostros penetrados por la distancia y el silencio, que la maestra chilena Celia Leyton Vidal labra su tarea de creadora en doble cauce: el cauce de la vocación, y el cauce de la emoción patria.

Las reproducciones que forman el índice de su libro «*Arau-*